

ALABANZA DE LA MAÑANA Y SACRIFICIO VESPERTINO:
*** dos Himnos para el Tiempo ordinario**

Sabemos que el doble quicio sobre el que gira el Oficio cotidiano, son las Laudes, como alabanza de la mañana, y las Vísperas, como el "sacrificio vespertino". Son el eje alrededor del cual girará el resto de las Horas con que santificamos el día, en diversos momentos singulares (Cf OGLH, 37).

La Salmodia ocupa lo principal del cuerpo de la oración pública y, como "Palabra de Dios" que es, merece una consideración especial. Pero todos los elementos que componen la Liturgia de las Horas, si bien no son "Palabra de Dios", realzan a la misma, le dan un marco referencial y están inspiradas en ella o, en el caso de celebraciones de María y los Santos, en lo que la Palabra ha hecho, en el curso de la Historia, para forjar esos Evangelios vivos y testimonios fieles que son los seguidores de Jesús.

En la Liturgia de las Horas, los Himnos tienen un lugar destacado, como "abriendo el fuego" a las celebraciones. Dan "a cada Hora o a cada fiesta, el colorido propio (...) para que el comienzo de la oración resulte más fácil y se cree un clima más festivo" (Idem, 42). (Éstos, que) "según una antiquísima tradición, formaban parte del Oficio, conservan ahora también su importancia. En realidad, no sólo han sido destinados expresamente, por su naturaleza lírica, para la alabanza de Dios, sino que constituyen una parte popular, y casi siempre manifiestan el carácter diferenciante de las Horas, o de cada una de las fiestas, con más claridad que las otras partes del Oficio, a la vez que mueven e incitan los ánimos a una celebración pública. Dicha eficacia se ve aumentada a menudo por la belleza literaria. Por lo demás, los himnos se encuentran en el Oficio, como el principal elemento poético creado por la Iglesia" (Ibidem, 173).

En este breve artículo les ofreceré dos himnos que he compuesto, para las Laudes y Vísperas del Tiempo ordinario

- *Himno de Laudes*

*1. Negras nubes, negras sombras van huyendo,
y un blanco torbellino resplandece.
Mi lengua se desata y canta, alegre,
al sol que esplendoroso brilla y vence.*

*2. Se acabaron el luto y las lágrimas
pues ya no hay más motivo para el llanto;
el Señor renació de su sepulcro
y su vida desplegó abrigado manto.*

*3. La savia se despierta, viva y fuerte,
las flores abren amplios sus capullos;
la muerte, avergonzada hace silencio
y el mundo canta alegre y con orgullo.*

*4. Gloria a Dios, Padre nuestro providente,
que pusiste en Jesucristo, tu morada;
caminemos por la fuerza de su Espíritu
y alabemos con un alma enamorada.*

¿Qué podríamos decir de este Himno?

En primer lugar, que donde hay luz, desaparecen las sombras, derrotadas y desalojadas ("... negras sombras van huyendo / y un blanco torbellino resplandece" (1). En la Sagrada Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo testamento, la lucha "luz-tinieblas" será una constante, entre "los hijos de la luz" (los bautizados, los iluminados...), y "los hijos de las tinieblas" (los que todavía viven en la oscuridad del sepulcro y en sombras de muerte).

Ante este hecho, el del "sol que esplendoroso brilla y vence" (Idem), la consecuencia no será otra sino la de una lengua "que se desata y canta, alegre" (Ibid). Este Himno de Laudes, en su primera estrofa, nos pondrá en "clave de alabanza" por la luz que ingresa en la vida del mundo y en la nuestra.

La muerte es causa de dolor, dolor que se expresará en "luto y lágrimas".

La vida es causa de que lleguen a término tanto el luto como las lágrimas" (cf 1).

¿Por qué...? ¿Por qué dejamos el luto y se secan las lágrimas? Porque se acabó el hecho que los motivaba: "pues ya no hay más motivo para el llanto".

¿Cuál era ese "motivo"? No otro sino la muerte que nos hacía llevar luto y desatar las lágrimas.

Otro "por qué": porque "el Señor renació de su sepulcro" (Idem), mostrando que los cementerios y las tumbas no fueron hechas para Él. Mostrando -con su vuelta a la vida- que los cementerios y los sepulcros se convertirían en ciudades deshabitadas, tan deshabitadas como las ruinas de antiguas civilizaciones que, encontradas, se las restaura, pero no para volver a ser ocupadas, sino conservadas sólo como piezas de museo.

¿Qué sucede, entonces, como lógica consecuencia? Que "su vida (la del Señor) desplegó abrigado manto" (Ibid).

Es habitual que, al estar frente a una tumba, sintamos frío... ¡porque la muerte es fría y vuelve fríos a los cuerpos! El manto cálido de Jesús se despliega sobre nosotros, nos protege y nos cubre, devolviéndonos el calor que nos había sido robado.

Pero si hemos vuelto a la vida, es para que "la savia se despierte, viva y fuerte" (3), como la sangre que, bombeada por el corazón, fluye -torrentosa- hasta los confines más remotos para permitir que "las flores (abran) amplios sus capullos" (Idem). Cuando la savia recorre ramas y tallos, lo hace porque no hay "esclerosis o trombos" en su recorrido. Se despierta, viva y fuerte, y puede fluir y vivificar.

Ante este triunfo de la vida -ante la victoria de la luz sobre las tinieblas y del día sobre la noche y del calor sobre el frío de las tumbas-, "la muerte, avergonzada, hace silencio". Esto sucedió con Lázaro, con el hijo único de la viuda de Naím, y con tantos cuerpos muertos y almas muertas a quienes Jesús devolvió la vida y la savia.

La normal consecuencia y la respuesta de los beneficiarios de estas maravillas, fue cantar con alegría y sentir orgullo ante un Dios tan dadivoso (Cf 3)

Por esta constatación alabamos al Padre por su providencia, a ese Padre que habitó en Cristo siendo una sola cosa con Él; a ese Padre que -por la fuerza de su Espíritu- nos hace caminar, testimoniando nuestra vocación de enamorados (Cf 4).

Un Himno así celebrado, ¿es o no ocasión de alabar a Dios por la luz de su primera creación, por Cristo-Luz y por la luz que ilumina un nuevo día, y que nos mueve a cantar, jubilosos y esperanzados?

Nos dice la "Ordenación general de la Liturgia de las Horas" (n. 39), que "las Vísperas" se celebran (...) cuando atardece y el día va de caída, *en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto*. También hacemos memoria de la redención por medio de la oración que elevamos *como el incienso en presencia del Señor*, y en la cual *el alzar de nuestras manos es como ofrenda de la tarde* (...) Para orientarnos con la esperanza hacia la luz que no conoce ocaso, *oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, y pedimos que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna*".

Esta oración era llamada "sacrificio vespertino", y también "sacrificio de alabanza", simbolizando no sólo la entrega de nuestro trabajo al fin del día, sino, más aún, la entrega de nuestras personas, cuando el Señor nos llame a comparecer ante Él, llevando en las manos la ofrenda de nuestra vida.

* Himno de Vísperas

1. *La noche se aproxima, silenciosa,
y este canto, sacrificio de alabanza
nace en nuestros labios jubilosos
como ofrenda del día que ya pasa.*

2. *La Iglesia que camina, va llegando
a la cima de los montes, altas cumbres,
mientras tierna flor corta su aliento,
dejando que su aroma al mundo inunde.*

3. *Sea nuestra vida acción de gracias,
preludio de los días que se apagan,
como el sol que acaricia el horizonte
y la luz que desciende, suave y clara.*

4. *A ti alabanza, Padre fuerte y bueno,
y a tu lado a Jesús, glorificado.
Derrama tu Espíritu -Viento y Fuego-
sobre éste, tu mundo muy amado.*

El Sentido de este Himno de Vísperas será, entonces, el del día que acaba, con sus luces, y la noche que se acerca, con sus sombras, pero siempre con la esperanza del retorno de la luz.

"La noche se aproxima, silenciosa" (1). Casi sin que nos demos cuenta, la muerte se acerca, sin avisarnos cuándo llegará. Aquí se impondrá la vigilancia y el estar preparados para tal momento crucial, en el que jugaremos al "todo o nada..."

El canto de este Himno vespertino "-sacrificio de alabanza-"(Idem), saldrá de nuestros labios como nuestras últimas palabras, como lo único que podremos hacer ante el día que pasa y en que se pondrá "punto final" a lo que somos y a lo que hacemos (Cf Ibid).

Nos hace pensar en las actitudes que deberíamos tener si supiéramos que sólo nos queda un minuto de vida: ¿Renegaría de mi mala suerte? ¿Culparía a Dios por llevarme sin previo aviso, sin darme tiempo a prepararme más y mejor? O, por el contrario, sabiendo que voy llegando "a la cima de los montes (...) mientras la flor corta su aliento"(2), dando gracias a Dios por ser hijo y hermano en la Iglesia de Cristo, y por haberme regalado una flor cuyo aroma inunda al mundo entero? (Cf Idem).

La acción de gracias por la vida de Dios en mí y por ser "cristiano", el saber que después del desierto aparece en el horizonte la Tierra abundante de las promesas, mantiene joven a mi caminar, sabiendo que cada paso que doy, acerca el término del camino y del caminar.

Por eso, mi acción de gracias es como el Preludio de mi vida, "de los días que ya se apagan" (3), tal como se apaga y desaparece "el sol que acaricia el horizonte" (Idem), tal como "la luz que desciende, suave y clara" (Ibid).

Y esa acción de gracias, no consistirá tanto en palabras agradecidas, sino en mi propia persona: lo mejor que puedo ofrecer a Dios soy yo mismo, y mi mayor acción de gracias, consistirá en ser una real eucaristía, esas "buenas gracias" que doy al Padre, porque es "el que es" y por haberme regalado lo que sólo Él puede obsequiar: su propia vida tal como me fue dada en la humanidad de Cristo.

Por eso lo alabamos junto al Hijo glorioso. Por eso pedimos que el Espíritu, como tenue rocío y suave brisa, sea derramado por el Padre y el Hijo para un mundo que necesita de su aliento...